rarte ha. Ya sabe que dicen : Si no sabes orar, entra en la mar; porque somos tales, que si no es en el tiempo de los trabajos, no oramos atentamente al Señor; y llama orar al gemido que sale del corazon por las ofensas de nuestra vida pasada, y el firme propósito de renovar nuestra vida. Esto se hace mas fácilmente en la enfermedad que en la salud ; porque viéndonos en peligro de vida, esnos ayuda para tener en poco la vida y para enmendar la que nos queda. Y pues Cristo con amor le visita, vuestra Señoría con amor le salga al camino y le ofrezca de buen corazon los trabajos de la enfermedad, los cuales él recibirá como un muy precioso don, así por ser cosa que mucho duele, como por ser ofrecidos con humilde obediencia; y cuanto mas padeciere su cuerpo, tanto mas se goce su ánima; porque tanto queda ella mas rica, cuanto el cuerpo afligido. El mal del cuerpo se pasará, el bien del ánima no.

Esfuércese ahora vuestra Señoría un poco, y haga cuenta que entra en guerra; que aun Séneca dijo que el varon fuerte tambien tiene en qué ejercitar su fortaleza, en la cama padeciendo enfermedades, como en el campo ejercitando la guerra ; porque la principal parte de la fortaleza es sufrir, mas que acometer; y la Escritura dice (*Prov.* 16) que es mejor el varon paciente que el fuerte; y pues vuestra Señoría es amigo de sonido de atambor y de guerra, ejercite ahora su deseo en pelear con unas tercianas, y pelee contra la poca gana del comer, y coma sin gana cuando es menester; otro tiro, no comiendo lo que le daña, aunque lo haya gana, y otros mil ardides hay, que vuestra Señoría bien entenderá. Y piense que se saca de esta pelea mayor honra y riqueza que de otro cualquier vencimiento.

La joya de aquello es una ciudad ó reino ó reinos; mas en fin, son de tierra y polvo : la de acá es el perdon de los pecados, los cuales por la penitencia perdona Dios. Es el tener domada la carne, que es un muy peligroso enemigo cuando está fuerte. Es la amistad de Cristo, el cual particularmente ama á los trabajados; porque él lo fué, y ve en ellos imágen de él. Es, en fin, la joya Dios, el cual se da á trueco de trabajos ; y por eso se debe vuestra Señoría animar á salir victorioso de aquesta pelea; y cuando flaco se viere, mire á Jesucristo sudando y angustiado en la suya; y viendo á su Rey tan fatigado, haya vergüenza el caballero de tornar atras por mas trabajos que vengan; y pida esfuerzo al mismo Cristo; que si él no esfuerza, no hay fuerza. Y segun fué dicho á un rey por boca de un profeta : Si piensas que la victoria consiste en fuerzas humanas, hará el Señor que seas de tus enemigos vencido ; porque de Dios es dar victoria, y de Dios es hacer huir.

Pida vuestra Señoría la medicina al que envió la herida ; que para sanar hirió, no para herir. Llámele ; que cierto le oirá, y muy mejor que cuando estaba sano. Use el sacramento de la confesion y comunion, con que tenga fuerzas para llegar su trabajo; haga dar las limosnas, porque su mal sea alivio de males ajenos; y pida ofrezcan al Padre eterno su Hijo en sacrificio en el altar, para que su misericordia esfuerce la flaqueza de vuestra Señoría, y le perdone lo errado, le encomiende lo que va tuerto, consuele lo que está triste, descargue lo que dá pesadumbre, asegure lo que le da temor; y cuando su voluntad sea, le levante de esa cama sano del cuerpo y del ánima, y con tanta gracia, que le sea un leal servidor, y por tal reine en el cielo con él. Larga carta es esta para enfermo : mándela vuestra Señoría leer á pedazos cuando la terciana diere lugar; y sea Jesucristo su salud. Amen.

CARTA IV.

A un señor de estos reinos, animándolo á buscar sobre toda cosa la gracia del Señor.

Pues que la vida cristiana hace poco caso del cuerpo, y su principal trato es en el espíritu, no es mucho que sin haber visto á vuestra Señoría sea muy dado á su servicio con desearle mucha gracia delante los ojos de Dios, y con suplicarlo al mismo Señor en mis oraciones y sacrificios y con muy verdadero corazon, para en todo lo que mas pudiese ayudar á vuestra Señoría, para que gane esta corona en el cielo prometida ; porque á mi ver el cristiano, ó no tiene mas de un negocio, ó este es el principal, conviene á saber, hallar gracia delante de Dios, pues tenerlo contento es la mayor parte de las buenas dichas que nos pueden venir; porque sin esto, ¿qué es todo sino pesadumbre y pobreza? Y teniendo este negocio bien hecho, no hay cosa que dañe, pues teniendo á Dios, no se debe nadie tener en ménos, aunque todos los trabajos vengan sobre él ; y creo que una de las causas por que muchos se quedan sin tener á este Señor, y se contentan con las poquedades del mundo, es por no conocer el valor de él, ó por no conocer la gana que tiene de darse; porque quien en un bien solo halla juntos todos los bienes, y que le están rogando con él, mas querria tener aquel, que andarse cansando y mendigando de las criaturas, de cada una alguna parte, y despues de muchos trabajos, quedarse tan vacio como si ninguna cosa hubiera alcanzado.

Dénos Cristo su luz para que alcemos á él nuestros ojos y nos parezca tan digno de ser querido, que sin miedo ninguno démos por le haber cuanto por él nos pidiere ; porque quien por Dios quiere dar algo, no bajamente siente de él ; y por esto merece quedarse sin él, pues tan mal responde al precio con que Dios nos apreció cuando todo se dió en la cruz por nuestro amor. Mucho se ha de dar por el que es; mucho se ha de estimar la gloria de todo lo criado, y cuanto mas nos doliere lo que nos pide por sí, tanto mas alegrarnos por tener en qué honrarlo y enseñarle el amor. Y si esto está bien á todos, ¿cuánto mejor á las personas de estado, á las cuales el Señor dió mas aparejo para le servir, y les dotó de mayores mercedes? Yo he dado gracias á nuestro Señor por la buena parte que del servicio de Dios á vuestra Señoría cabe ; á su misericordia plega darle cada dia mayor y mayor gracia, para que vaya ganando mas gloria delante de Dios, y dándole perseverancia en su amor, pues al que persevera está prometida aquella celestial corona.

CARTA V.

A un señor de título, animándole á confiar de Dios, y enseñándole cómo ha de vivir para alcanzar esta alegre confianza.

Ayer supe que vuestra Señoría habia escrito, y que andaba con sus acostumbrados achaques cerca de su salud. Es cierto que aunque la compasion no se puede negar á los males corporales de vuestra Señoría, que es mas mi placer cuando oigo que anda así, que no mi pena. Tengo á nuestro Señor por padre muy verdadero, y por

médico muy cuidadoso para el bien de vuestra Señoría; y miro estas cosas como particulares remedios que de su providencia vienen, para que la soltura del corazon de vuestra Señoría se restrinja debajo la santa ley, y entienda mas en aparejarse para morir, que no en vivir largos dias ó vanos dias; y así como esto es grande merced suya, mirar mas á nuestro eterno provecho, que á nuestro breve pasatiempo, así será grande nuestra locura si no acetamos esta gracia y nos aprovechamos de tales remedios. Temer debemos no se diga de nosotros, que curaron á Babilonia y no sanó (*Jerem.*, 51), y por eso la dejaron; y en todo caso conviene tener los ojos puestos en lo que más nos va, que es lo del ánima.

Si las temporales ocupaciones de la vida, casamiento y estado no dan lugar á que con entrambos ojos y corazon muy entero miremos esto, á lo ménos lo miremos con el ojo derecho, y lo estimemos por lo principal en nuestro corazon, y en lo del ánima entendamos con amor; en estotras cosas por mas no poder ; y entónces conozcamos las cosas que ménos son, cuando no contradijeren á las que mas son ni nos apartaren de ellas; y si no puede vuestra Señoría amar á solo Dios sin que ame algunas cosillas otras con él, á lo ménos ámele mas que á todas las cosas, y caigan debajo los piés cuando quisieren levantarse á ser preciadas mas que un mandamiento de Dios. Ya que no puede tener la limpieza de la conciencia que él querria, tenga aquella que es necesaria, sin la cual ninguno puede ser llamado hijo adoptivo de Dios ni ver su faz. Campo hay donde la gente comun oye al Señor, y monte donde los mas fuertes suben á le oir; y he visto algunos dejar de ser medianamente buenos, porque no son perfectamente tales. ¿Qué mayor locura que esta, meterme en el infierno porque no me hicieron de los mayores santos del cielo? Qué mayor desatino que, porque no ando sin tropezar alguna vez, darme tanto desagrado de mi mal andar, que por aquello me quedo caido ó me corto los piés? Hijo, dijo la Escritura, en tu flaqueza no te desprecies; mas ora al Señor, y curarte ha.

De alabar es en el flaco que se mida y se estime conforme á su poquedad; mas muy de reprehender que se desmaye y dé con todo en el suelo porque se ve sano ; porque de aquesta manera viene á caer en mayor enfermedad, aborreciendo la misma enfermedad. Digo esto porque deseo que tuviese vuestra Señoría asiento cierto en su ánima, y una concertada vida, de manera que pueda con ella esperar de la bondad de nuestro Señor, que está en su amistad y que tiene parte en su reino; y que sea muy cuidadoso y porfiado en guardar esta tal vida, y tener en pié el alegría del corazon que de la guarda de los mandamientos de Dios nace. Y aunque las malas disposiciones del ánima suelen dar pena, aunque no sean males de muerte, como se ve en las del cuerpo, no se ha de dar tanto lugar á esta pena, que derribe mucho el corazon; mas irle á la mano, diciendo : Bendito sea Dios, por cuya misericordia estoy vivo, aunque enfermo; y el placer del vivir delante los ojos de Dios temple la pena de la poca salud, y téngase por muy dichoso en tener esperanza de ser salvo, aunque pasando primero por fuego.

Mucho querria ver á vuestra Señoría alegre y consolado en la gracia de Jesucristo, y el corazon persuadido que por él ha de ser salvo, mediante la guarda de su santa ley, y que llevase unos pasos ciertos y sosegados, una cuenta clara y de buena esperanza, con que tuviese conjetura que le ha de decir el Señor (*Matth.*, 25) : Gózate, siervo bueno y fiel ; y que en todo caso para esto no hay pereza, no se alegue pobreza, no respeta á cosa ninguna, sino que se cumpla con el ánima. Dé donde diere; que si Dios ve en un corazon verdadero deseo de agradarle á él, no dejará por su bondad de abrir caminos como se efectúen los buenos deseos, con tal que entendamos que algunas veces es menester derramar la sangre en estos caminos; y esa es cierta señal que son de Dios, pues él dijo ser estrechos. Cierto, si un hombre espera que se le ofrezcan los medios para su salud sin trabajo y sin pérdida de lo temporal, muchas veces se quedará sin la salud de su ánima, porque tan barato la quiso comprar, y tan sin trabajo alcanzar; pues aun en la del cuerpo, que muy menor es, no se sufre esto. Bien entiendo que no se hace esto tan presto como se dice; mas ¿qué hemos de hacer donde vemos estar en balanzas, ganar ó perder á Dios, y para siempre? ¿Qué cosa puede haber que haga contrapeso á cosa en que tanto va?

Por tanto, señor, entremeta vuestra Señoría este cuidado entre los otros, ó por mejor decir, sea este el principal y los otros los entretejidos, y duela ó no; corte, aunque sea de su carne, hasta quedar con salud; que despues se alegrará. Ose acometer la entrada en el cielo; que á Dios hallará por ayudador en el camino; y no solo no se desmaye en los trabajos, mas gloríese que le pone Dios en ellos para mayor gloria de él. A su misericordia plega dar á vuestra muy ilustre Señoría su santo Espíritu, con que le sea dulce cumplimiento de su palabra y alcance aquel reino para que fué criado. Amen.

CARTA VI.

A un señor de título, enfermo, animándole á padecer, por el grande fruto que de esto viene.

He sabido que despues que de allí me partí ha ido vuestra Señoría aun mas trabajosamente que cuando yo allá estaba, y debe ser por hacerle nuestro Señor mas merced, pues lo son los trabajos para quien los sabe entender. Y bien es que para tener parte en la venida de Jesucristo nuestro Señor esté vuestra Señoría en ellos, pues dijo él (*Isai.*, 61) que habia venido para dar á los pobres buenas nuevas, y medicinar los quebrantados de corazon, y consolar los llorosos, y darles corona por la ceniza ; y alegría por el lloro. Y pues el consejo del Altísimo es no dar parte de sí sino á quien de estas cosas tuviere parte, témplese el sinsabor de ellas con venir Dios con ellas ó tras ellas ; lo cual no solo las hace sufribles, mas deseables; porque muy mayor es la ganancia que traen, que la pérdida; y siendo Dios el que se da á trueco de la hiel que ellos tienen, en ninguna manera deben dejar de ser amadas, y así bien recibidas cuando vienen, y aun deseadas y llamadas cuando se tardan.

Fortísima cosa es un corazon determinado en querer á Dios; porque, como entiende que puede alcanzar á este que desea, no teme meterse por lanzas, teniéndose por cumplidamente dichoso con solo este bien que alcance, aunque sea á trueco de todo lo que le pueden pedir. Estima á Dios en mucho, y de ahí le viene estimar los trabajos en poco, pues leemos de Jacob haberlo hecho con su amada Raquel, y aunque le echasen carga de nuevos

trabajos, toda la llevó por gozar de su deseo; y pues á vuestra Señoría ha cabido suerte, por la misericordia de Dios, estar apalabrado con Dios sobre que será él su galardon y descanso de sus trabajos, no dé esta mancha en su honra, que le parezcan grandes, siendo Dios la paga de ellos y el mismo que los envia.

Sufra vuestra Señoría la carga y la sobrecarga los siete años primeros y los siete siguientes; que si persevera en el amor de Raquel, su galardon será el eterno descanso, y cantará delante el acatamiento de Dios: *Lætati sumus pro diebus quibus nos humiliasti, annis quibus vidimus mala* (*Salm.* 89); y entenderá entónces el valor de la enfermedad y dolores que nuestro Señor agora le envia, y mirarlas ha como á simiente de su gozo, y á camino de su descanso, y á cosas que le acarrearon á Dios; y pues el cristiano acá ha de tener parte de aquella luz que allá ha de poseer perfectamente, mire vuestra Señoría sus trabajos con ojos de fe, cotejándolos con lo que de ellos saldrá, y serle han consuelo de ellos mismos; y verá que, aunque son cargosos, ellos mismos traen fuerza con que sean llevados; porque lo que afligen con lo presente, consuelan con la esperanza; y como esta sea muy cierta, pues lleva la órden que Dios tiene puesta, que es que venga despues de ser uno probado en la tribulacion, ningun lugar queda para no ser bien recibidos los anunciadores de nueva tan buena, como es de llevarnos al cielo. Tenga vuestra Señoría cuidado de les dar compañía cual ellos desean, que es paciencia en ellos y diligencia en hacer las buenas obras que pudiere; que pues Dios da á entender que le quiere salvar, no es razon ser flojo en efectuar lo que conviene para tan grande bien, y que tan presto vendrá; y esté con mucha confianza en las piadosísimas manos de Dios, el cual sea guarda de vuestra ilustre Señoría, y todo su bien y su eterna corona. Amen.

CARTA VII.

A un señor de título, enfermo y de la muerte temeroso, enseñándole á crecer en el conocimiento de Dios.

Recibí la carta de vuestra Señoría, leíla y entendíla, y espero de nuestro señor Jesucristo misericordia para vuestra Señoría, pues para la grandeza de él no es mucho hacer bien á quien no lo merece, habiéndolo hecho á los que lo desmerecen. No me pesa que vuestra Señoría tenga temor de la muerte; porque aunque es cosa penosa, no es peligrosa, y muchas veces enviada por nuestro Señor para que con esta espuela hagamos lo que con la del amor no hacemos. Y él, como es Padre de misericordia, suele guiar estos negocios, de arte como temor y esperanza nos ayuden á andar el camino, el cual será bien allanar y aparejar, pues para todo suceso aprovecha, y para ninguno daña.

Querria que vuestra Señoría mandase hacer la casa del aposento de los pajes. Item, que se pagase aquello de las armas y caballos que se echaron en aquellos pueblos. Item, que por agora no se compre cosa costosa de vestidos y cosas semejables. Item, si vuestra Señoría ha malganado algo á juego, que no esté restituido ó tornado á perder con la misma parte, que se restituyese. Item, si dijo á algunas personas que jugasen, y por respeto de vuestra Señoría, cuyo ruego es como mando, jugaron y alguna perdió, que se le restituya. Item, porque las personas que tienen estado como vuestra Señoría, no alcanzan muchos cargos y agravios que se hacen á otras ó sus criados por descuido de ellos, que vuestra Señoría mandase decir en las iglesias de su estado, que cualquiera persona que tenga algun agravio, que lo venga diciendo, y se le satisfará. E poner vuestra Señoría al prior de Santo Domingo, y un letrado de derechos que sepa los negocios del estado, y al cura, para que oigan y vean lo que se debe hacer; y algunos casos oirá vuestra Señoría, aunque le sea trabajoso, porque no se le digan en otra parte que mas pena le dé. Y en todo caso querria que se hiciese esto, porque me parece ser remedio de cualquier mal que á prójimo toque, y fácil de hacer bien, cuanto difícil si se guarda para despues de la vida. No sea impedimento para esto lo que al mundo puede parecer de hacerlo, pues quien tiene cuenta con Dios, fácilmente la perderá con el mundo.

A la persona que vuestra Señoría manda que hable, no he hablado, porque há diez ó doce dias que estoy en la cama: ayer me levanté: yo tendré cuidado, cierto, de lo hacer con brevedad, y avisaré á vuestra Señoría de lo que hay. Desde que vuestra Señoría se partió de acá, ha querido nuestro Señor de me poner cuidado mas vivo de lo encomendar en las manos de su misericordia. No habia entendido la causa, y debe ser la mayor necesidad: sea lo que fuere, vuestra Señoría se esfuerce mucho con aliento nuevo á ofrecerse á la voluntad del Señor, como quien hace servicio á un padre, de algo que mucho ama. No nació vuestra Señoría para sí, sino para Dios, y ántes que naciese ya estaba comprado por Jesucristo, el cual consigo, á precio de tanta ventaja, nos compró, para que los que vivimos, como dice S. Pablo (2 *ad Corinth.*, 5), no vivamos para nos, sino para él. ¿Quién querrá quedarse por propio, viéndose comprado por Dios y por precio de Dios? Hay hombres que se ofrecen en una guerra por causas lijeras á perder la vida; ¿y serémos tan cobardes que no queramos darnos á Dios? Dióse él por nos á manos de sayones; ¿y no nos darémos nosotros las suyas á él para morir, nosotros para vivir?

No sea vuestra Señoría avariento en esto: haga esta cuenta: Dios hay; por quien es, y por lo que por mí pasó, y por lo que me ha soltado, y por lo que me ha hecho, me le debo tres mil veces: si hasta aquí no le he dado el señorío de mí, pésame de ello: agora se lo doy libre y desembarazado, pará que me trate á su voluntad, y que yo haga la suya, así en lo que me tiene mandado que yo haga en su santa ley, como en cualquier trabajo que me quisiere enviar, quitar ó poner. ¿Dónde estaré mejor guardado que en las manos de Dios? á las cuales yo me doy, pues él no deja perder sus cosas; que porque yo hiciese esto perdió él la vida: no lo pidiera si no lo quisiera, y no se gozara si no lo deseara; porque no es de Dios mandar que le dén, y no querer recibir, como tampoco es, mandar que le pidan, y dejar de dar. Y pues nos ha notificado su dulce voluntad, con la cual quiere nuestro bien, y por esto quiere que seamos suyos, sin duda creamos que quien tan cuidadoso es en pedir, y quien pide con amenaza de infierno y con promesa de reino, no será descuidado en el recibimiento de lo mismo que él pidió.

No le parezca á vuestra Señoría que pecados pasados son parte para estorbar este amoroso abracijo de Dios, pues con brazos abiertos está llamando al mismo pecador, primero que el pecador llamase á él; y le dice

(*Jerem.*, 3): *Fornicata es cum amatoribus multis, revertere ad me, et ego suscipiam te.* No se cansa el pastor en buscar la oveja perdida, ni el cazador su azor; y cuando lo halla, tómalo y tráelo consigo con mucha alegría. Digo esto porque á lo que de vuestra Señoría entiendo, tiene mas de propio conocimiento, que no de conocimiento de Dios, y por eso tendrá mas de temor, que de esperanza y de amor. No se desdiga vuestra Señoría de la mala posesion en que se tiene; confiéselo así, créalo así, y no quiera remediar su temor con falsa esperanza y mentira aliviando sus males: no así; que será mal sobre mal, y el postrero peor que el primero, y estorbo para remedio, pues no da Dios su perdon ni misericordia sino á quien conoce su propia miseria. Mas crea que como nosotros somos mas malos de lo que alcanzamos, así es Dios mas bueno de lo que entendemos. Otro corazon tiene él que nos, y especial en el perdonar, lo cual saben los hombres muy mal hacer, porque saben muy mal amar. Y de aquí nace no alcanzar aquella alteza de misericordia que Dios con los pecadores tiene; porque, como no han experimentado sino ira con quien les ofende, y si perdonan les quedan mil reliquias y resfriamiento de amor, juzgan de Dios lo que de sí; y aunque su boca diga que hay diferencia de Dios al hombre, no lo siente así su corazon.

Cuando sean mas grandes los hijos de vuestra Señoría, y le dén algunos enojos, quizá lo entenderá algun rastro de aquesto. No desama el padre al hijo aunque le enoje, sino castígalo, y tiénele corazon de padre; y así hace nuestro Señor, al cual siempre que el pecador quiere tornar á él, no se le niega el corazon paternal; y cuando no volvemos, está deseando que volvamos, sin ser parte para estorbar este deseo todos nuestros pecados, porque es mayor su amor; y este amor y cabida en su corazon ganamos por el medianero de Dios y los hombres, Jesucristo Señor nuestro, que siendo él hijo natural, nos ganó adopcion de hijos y corazon en Dios de padre con hijos, cada y cuando que de él quisiéremos gozar por la penitencia y sacramentos. Este amor es la raiz de donde sale el esperarnos Dios, el llamarnos, el recibirnos y perdonarnos y salvarnos; que si bien se mira, el corazon y amor con que esto hace, nos enamora mas y obliga mas que lo que hace. ¿Qué cosa es querer tanto Dios al hombre, que por amarle tanto, por mucho que le enoje, no le quite este amor; y hacerle decir: No quiero á fulano bien aunque se torne á mí, no le quiero buscar, ni enviarle á rogar que se torne á mi casa? No, nada de esto, sino aquel perseverante amor que como vivas llamas arde, y tan encendidas, que así como las muchas aguas de las penas no se lo pudieron apagar, para que dejase de morir por nos (*Cant.* 8), así las mayores aguas de nuestros pecados no pueden apagar esta encendida caridad de Dios con nosotros; mas siempre vencedora en las penas y en las culpas, y allí padeciendo, aquí perdonando. Y todo nace de una misma raiz de amor, y tan fuerte, que no hay maldad que le venza.

Quien de esto se maravillare tendrá razon; porque de igual á igual, de menor á mayor, fuera cosa maravillosa; y este amor de Dios al hombre es mas que maravilloso. Mas quien, por parecerle cosa muy grande, no lo creyere, afrenta hace á Dios, pues por su corazon maravilloso, por eso no lo cree, siendo rastro propio para conocer las obras de Dios el ser tales, que hagan maravillar á los que las conocen; porque si él es maravilloso, hanlo de ser sus obras; y si otras sí, estas del amor mas, pues nacen de bondad, de cuya manifestacion Dios mas se precia y Dios mas usa que de los otros atributos suyos (*Salm.* 144): *Miserationis ejus, ait David, super omnia opera ejus.* ¡Pues cuán mal lo mira quien, por ser mucho lo que Dios hace, no lo cree, por ser mucho lo que promete, no lo espera, cotejando las cosas de Dios con la medida tan chica de su entender! No alcanza la Samaritana dónde ó de dónde tenga Cristo agua y gana de dar la que quien la bebiere no tenga mas sed. Mas dice el Señor que no sabe la mujer el don de Dios, ni quién es el que pide á ella fe y penitencia, y quiere darle el Espíritu Santo. Y no faltan agora hombres tan acobardados y flacos en la fe, que no puedan creer de Dios sino conforme á su propia pequeñez, puestos los ojos en su poco poder, poco merecer, y como animales de tierra andan por ella, y así se quedan en ella. Mas quien á Dios mira, y dándonos su Hijo, que es su amor y amansamiento, contentamiento y donde sus ojos se recrean, ¿qué dudará de este corazon, sino que le será propicio cuando le llama con penitencia, y piadoso cuando le hubiere menester? Pues quien esto conoce y lo pide como lo debe pedir, puede esperar que lo tendrá, y con tenerlo tiene todo bien, y no por qué temer, como esclavo sin amor.

Dése pues vuestra Señoría priesa á amar á este Señor que tanto le ama y tanto bien le tiene guardado, y mire que si algun tiempo tuvo deseo de se enmendar y seguir al Señor, agora lo renueve y acreciente; porque dos veces mandó el Señor que circuncidasen á su pueblo, una cuando lo mandó Abraham, y otra cuando lo metiese Josué en tierra de promision. La primera significa cuando uno sale de la vida mala y mundana, y sigue el camino de la ley de Dios, que es el camino estrecho, mayormente en los ojos del mundo. Y la segunda es cuando Dios quiere llevar á uno á su reino, mándale que con nuevo fervor se mire, se enmiende y cercene todo lo supérfluo que es menester, para que con alegría y limpieza espere la corona de rey que la bondad de Dios tiene aparejada á los suyos. Use vuestra Señoría el confesar y comulgar; porque es la cosa que mas consuelo y esfuerzo da, oir la sentencia de nuestra absolucion, y recibir en nos á Jesucristo. Rezar algo, y leer, y limosnas, y todo lo demas que en nuestro Señor le inspirare. Y hágame sabidor de cómo le va; y si le fuere á vuestra Señoría mejor de salud, quedarnos hemos con el buen estilo del ánima, y habrémos sacado esfuerzo del miedo. El Espíritu consolador, que por Jesucristo se da á los hombres que se aparejan, more en vuestra Señoría y le enseñe á agradar á Dios, y lo guie por camino derecho. Amen.

CARTA VIII.

A un su amigo, consolándolo en la muerte de un hijo único.

Sea nuestro Señor bendito por todo lo que ha hecho, pues allende de haberse cumplido su santa voluntad, lo cual debe ser al cristiano grande alegría, ha hecho muy grande merced á nuestro hermano y hijo vuestro en alzarle el destierro que en este mundo padecia; y llevarlo ha á su propia tierra, que es la vista del mismo Dios. No conviene, y por ninguna via conviene que los que le amábamos estémos de esto penados, pues el amor verdadero bienes verdaderos ha de desear á quien ama, y

gozarse cuando le vienen. Y estos tales no los hay en este mundo, aunque todos juntos á uno se dén. Gocémonos pues en el Señor, que multiplicó su misericordia con nuestro amado, y por medio de quitarle una vida transitoria y que no tiene mas de vida que el nombre, lo llevó á la que de verdad lo es, y eternalmente.

¿Qué pudiérades vos, hermano, con ser su padre, desearle ni buscarle, que tan bien le estuviera como lo que el celestial Padre ha hecho con él? Hale sacado de la peligrosa guerra de este mundo, y llevádole á la tierra de paz, donde goce de las victorias que aquí ganó contra los pecados, que son los enemigos de Dios. Y pues quien tiene corazon del mundo se suele gozar cuando su hijo es prosperado en los bienes del mundo, el padre cristiano que ha de tener corazon de cristiano, que es celestial, gócese con mas razon con haber venido á su hijo un reino, que aunque no se vea acá, no por eso deja de ser verdadero, ántes por eso mas cierto y verdadero, porque no es á estos ojos visible. No penseis que se os ha muerto, pues no es muerto quien con Dios vive. No lloreis, pues él goza de la fuente perpetua de la alegría. Y si á vos os hace falta con su ausencia, acordáos que los padres por el bien de los hijos suelen enviar á otras tierras, y con saber que están bien, sufren con paciencia y alegría la pena que la ausencia suele dar.

Dad al Señor gracias, que quiso tomar por siervo é hijo al que de vos salió, y lo quiso hacer su ciudadano en el cielo, y que vea su faz á cosa tan vuestra. Alegráos; que no estaréis ya congojoso qué será de mi hijo, qué le acaecerá; si ha de ofender á Dios, si ha de llevar hasta el fin el bien comenzado; pues ya han visto vuestros ojos que ha acabado su vida en servicio de Dios nuestro señor, y le fué fiel hasta la muerte, y por eso le ha dado corona de vida, segun su promesa. Bien acabado está este negocio; entended agora cómo se acabe bien el que os queda, que es el vuestro, procurando de imitar en él al que en edad era menor: si verlo deseais, trabajad de ir al cielo; que allá lo hallaréis, y cierto sin ningun deseo de tornar acá; y pues los mozos tan presto se mueren, no tardarán los viejos de ir; y por esto es bien darnos priesa á servir al Señor, como quien muy presto ha de ir á verlo.

El Señor quiso que vuestro hijo fuese delante para que vuestro corazon no tuviese acá qué amar, pues no tenia sino á él, y allá se fuese vuestro pensamiento do va vuestro amor; para que, muriendo en este mundo, vivais á las cosas del servicio de Dios, y os sea grande ayuda para eso vuestro hijo, muriendo, como lo era viviendo: lo uno llevándoos el corazon consigo, lo otro rogando al Señor por vos. Y pues tales favores teneis, esforzáos á ello, para que allá os goceis con él en el Señor y del Señor en sí mismo, viendo su faz, adorando su Majestad, y poseyéndole eternalmente para su gloria y vuestro descanso. Y entre tanto será bien hacer algunas buenas obras por el difunto, porque si alguna cosa le detiene en el purgatorio, el Señor se la suelte. Sea Cristo vuestro consuelo. Amen.

CARTA IX.

A unos sus amigos atribulados, consolándolos, y enseñándoles los tesoros en padecer, como el Señor los fuerza para los llevar.

Bendito sea Jesucristo nuestro Redentor, Señor, Padre y Maestro, que por tantas vias busca nuestro bien, enseñándonos su amor, aunque de los que poco saben y aman no sean sus obras entendidas ni recibidas con la reverencia y agradecimiento que sería razon; del número de los cuales suplico al mismo Señor saque á vuestras Mercedes, y les dé lumbre con que vean la lumbre de aquesta verdad, de lo cual vendrá la obediencia y agradecimiento; porque ninguno habrá, si extremamente malo no fuere, que no reciba de buena gana lo que es su provecho, y que no agradezca á quien se lo envia, mayormente siendo enviado con mucho amor. ¡Oh amador! Oh amor de nosotros muy verdadero y probado, Jesucristo bendito! y ¡quién dudará tu amor habiendo sido de él testigos el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos está! Tú, Señor, lo diste, y porque nos amas lo diste; que ni esperas provecho de nuestros servicios, ní nos lo debes, pues todo lo que tenemos es tuyo. Ni hay otro motivo en tí para hacernos mercedes; sí tu sola bondad, en la cual nos amas verdaderamente.

Señor, desde que oídos tenemos otra cosa en nuestras orejas no suena, sino: Bien os quiero; porque si sordos no somos, ¿qué otra cosa es la vida, salud, el pan, el vino, la tierra y el cielo, y todo aquello con que vivimos y nos movemos y somos, sino voces que pregonan el amor que nos tienes y pides? Lo cual sentia bien S. Agustin cuando decia: Todas las cosas me dicen á voces que te ame. Y esto es por lo que hemos dicho, porque nos dicen que Dios nos ama. Mas porque estos testigos son bajos, por ser criaturas, el mismo Criador nos vino á testificar su amor con el testimonio mas cierto que hay; el cual es, no solo dar, porque aquello poco duele, mas darse y padecer por nosotros; lo cual es tanto mayor señal de amor, cuanto va de su persona á los dones; y este testimonio, porque sin duda fuese de nos recibido, firmólo con su muerte, habiéndolo escrito con su sangre; que pues no se puede mas por uno pasar, por muy amado que sea, que morir por él, sepan los hombres que son amados de Cristo, pues puso por nosotros lo último que se pudo poner. ¿A qué propósito esto? Para acordar á vuestras Mercedes que confíen que los quiere bien Cristo.

¡Oh palabra alegre en las orejas de los pobrecicos, la cual tienen los ángeles en gran reverencia! Oh palabra que nos dice la causa de cuanto bien tenemos y esperamos tener! Porque no de otra parte ni principio nos viene, sino porque somos amados de Cristo. ¡Oh si en otra cosa no hablásemos ni escribiésemos sino que nos quiere bien Cristo! Y este amor, aunque solo basta para hacernos ricos y en hora buena nacidos, porque grande bien es hallar gracia en los ojos de tan alto Rey; mas su amor no es estéril, ántes su amar es hacer bienes. Y como San Agustin dice: No amas, Señor, y desamparas. Por lo cual reverenciemos, agradezcamos, y con fe y amor participemos de los merecimientos que Cristo nos ganó; y confiando en lo mucho que nos amó, dejemos todo pecado; y desterrada toda tristeza, que suele venir en las tribulaciones, desterrada toda cobardía, que suele combatir á los flacos, alanzando todo descontento, que suele venir con lo adverso, hinquemos las rodillas de nuestro corazon á este Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion, que nos amó y amará, y agradezcámosle la merced que nos hace en enviarnos señales de amor; porque verdad dijo el que dijo (*ad Heb.*, 12): *Fili mi, noli negligere disciplinam Domini: nec fatigeris dum ab eo corriperis, quem enim Dominus diligit, castigat: flagellat autem omnem filium, quem recipit.* Y puesto que duela,

hemos de mirar el principio de donde sale, y el fin donde va á parar, y con esto confirmar nuestra voluntad.

Los que miran no mas de las manos de Dios, engáñanse muchas veces, juzgando su corazon por sus obras; mas los que le miran á su corazon, no son engañados, ántes tienen el verdadero conocimiento de las obras, pues conocen de dónde nacen y dónde van á parar. No se engañe nadie pensando que la prosperidad que Dios envia es siempre señal de amistad; porque algunas veces suele ser señal de recísima ira: ni huyamos de lo adverso pensando que es ira de Dios; porque casi siempre suele ser señal de su amor; y pues con amor, y lo que mas es, por amor nos atribula, debemos agradecérselo, pues no se debe ménos al padre cuando castiga á su hijo que no se pierda, que cuando le halaga amorosamente. Y si miramos que la intencion del Señor es nuestro provecho y su gloria, adorarémos á su Majestad, que tanta merced nos hace, aunque el medio nos parezca amargo.

Esto se nos dió á entender en la reina Ester, que besó el cabo de la vara dorada del rey Asuero; porque aunque la vara de nuestra correccion nos espante, mas mirando el fin ó cabo de ella, que es nuestro provecho y gloria de Dios, debemos besar este fin, acetando lo que el Señor nos envia. Y esto no será muy dificultoso de creer á quien cada dia manda purgar con acíbar y otras cosas mas amargas á los que bien quiere, haciendo en ellos justicias y amándoles mucho. No es mucho que un cristiano tome la purga que Dios le da para sanarle su ánima, pues que el hombre toma la purga que el hombre médico le da para sanarle el cuerpo, y en la purga de Dios está cierta la salud, en las otras no; y del celestial Médico estamos ciertos que no errará en dar mas ó ménos, porque todo va dispensado por un saber infinito, que no se le puede disminuir ni crecer; mas en el del suelo podemos dudar. ¿Pues qué sinrazon sería quien pide licencia y confianza á sus enfermos cuando los cura, que no la tenga en Dios cuando le cura?

Esforcémonos en Jesucristo nuestro Señor, que de cierto no nos dará mas purga de la que podemos beber. Y aun, porque de buena gana la bebamos, bebe él con nosotros; lo cual sintió S. Pablo cuando decia de Jesucristo (*ad Hebr.*, 2), que por la gracia de Dios gustó la muerte por nosotros. Sobre lo cual dice Crisóstomo que, así como el médico gusta primero la purga amarga por hacerla salva y quitar el espanto al enfermo, así Cristo, por quitarnos el temor de los trabajos y muerte, lo quiso primero gustar por nosotros. ¡Oh y si mirásemos cómo bebió él toda la purga sin estar enfermo, porque nosotros lo estábamos, y cuánto acíbar hallaba en ella cuando decia (*Matth.*, 26): Padre, si es posible pase este cáliz de mí! Mas mirando nuestro remedio y salud que de su trabajo venía, mirando la voluntad del Padre que así lo habia ordenado, dice: Mas no como yo quiero, sino como tú. ¡Oh palabra, que hace, al que de verdad la piensa y ama, ser invencible de carne, mundo y demonio é infierno! ¿Quién puede dañar á quien dice de corazon: No como yo quiero, sino como tú?

Esta es la verdadera señal de los hijos de Dios, que dejan su voluntad propia y hacen la de él; y esto no en las prosperidades (que aquello poco es), mas en las adversidades, adonde vale mas un gracias á Dios, un bendito sea Dios, que tres mil gracias y bendiciones de prosperidades. Estas son las trompetas, en las cuales nos está mandado que alabemos á Dios, porque son hechas á golpes; y esta es la música á las orejas de Dios mas acepta que le podemos cantar. Bien veo yo que estas cosas mas presto se dicen que se hacen, y que es mas lijero consolar que sufrir, y que no se conoce el cristiano en saber consolar á los otros, mas en saber consolar á sí en la tribulacion. Mas en todo esto fiel es el Señor, cuyas manos hieren y consuelan, y en cuya fortaleza ha de ser nuestra confianza.

No debemos derribar nuestro corazon por mas que las penas crezcan; porque tanto mas aparejo hay para que parezca la fortaleza de Cristo en nosotros, cuanto nuestras flaquezas fueren mayores. Y esto es lo que nuestro Señor dijo á S. Pablo (2 *ad Corinth.*, 12): La virtud (quiere decir la fortaleza) en la flaqueza es mas perfecta. La fortaleza: no la tuya, que no la tienes, cómo lo pruebas, mas la mia mas fuerte parece miéntras tu flaqueza fuere mayor; porque cuando Dios defiende una cosa muy perseguida y muy enflaquecida, parece ser fuerte, pues á cosa tan flaca sustenta contra tantas flaquezas. Y pues la intencion del Señor es demostrar su gloria, miéntras nosotros mas atribulados y con ménos fuerzas, mas aparejo hay para que Dios gane honra; y fortaleciéndonos con su fortaleza, no debemos desmayar, por mucho que crezca la tempestad; mas miéntras ella mas crece, mas confiar, y decir al Señor: Esta es tu hora. Esto rogaba David al Señor cuando decia (*Salm.* 70): Cuando faltare mi fortaleza no me desampares, Señor. Y pues que esto es así, digamos con S. Pablo (2 *ad Corinth.*, 12): De buena gana me gloriaré en mis flaquezas, porque more en mí la virtud de Cristo. Flaquezas llama á las tribulaciones. Si en sustentar Cristo á S. Pablo en ellas moraba la virtud, que es la fortaleza de Cristo, en S. Pablo parecia la honra de la fortaleza de Cristo. Y por tanto San Pablo, que ántes rogó tres veces al Señor que le quitase la tribulacion porque le dolia, la cual no creo, ni es de creer, que era tentacion de la carne, mas otro trabajo, que ya no pide que le sea quitada, porque ve que teniéndola y no siendo derribado, parece la fortaleza de Cristo en la flaqueza de él. Y porque nuestros ojos no deben mirar á nuestro descanso, sino á la gloria de Cristo, dice S. Pablo que está contento con ellas, pues sucede en gloria de Cristo, aunque sea con trabajo.

Así que, hermanos, no pensemos que la victoria de esta pelea ha de ser por nuestras fuerzas á solas: Cristo nos pone en ella, y él quiere la gloria de la victoria: él peleará por nosotros y con nosotros: no desmayemos, y verémos el favor del cielo ser con nosotros. Aprovechémonos de esta medicina para conocer cuán flacos somos, lo cual es principio de salud, y cuán miserable cosa es vivir sobre la tierra, y cuán colgados estamos de Dios, y cuánto nos ama, pasando, no á mas no poder, por nosotros, mas de su gana, lo que á nosotros tan recio nos parece de sufrir. Porque, á la verdad, nunca hombre, por contemplativo que sea, tanto conoció los dolores y amores de Cristo, como quien pasa algo de ellos. Sepamos tambien cuán necios somos en pecar, pues nos obligamos á otros mayores dolores, y cuán bueno es Dios, que mereciendo nosotros estar en continuos dolores acá y allá, nos hace merced del infierno de allá y nos ayuda para pasar lo de acá, satisfaciendo por nuestros pecados y ganando en el cielo coronas.

Estas y otras doctrinas aprenderéis en la tribulacion,

mejor que en cuantas escuelas y púlpitos hay, y mas de verdad; porque en estos lugares se suelen oir con las orejas, estando quizá el corazon en otra parte; en la tribulacion óyese que Dios enseña con obras. No piense vuestra caridad que solamente es menester fortaleza para pelear en el campo por Cristo; en la cama y casa hay aparejo para ganar coronas; y no cualesquiera, porque la pelea de la enfermedad y dolor no es cualquiera. Cierto es que cuanto la cosa que nos viene es mas contraria á nuestro querer, tanto es mas recia la pelea, y mas agradable á Dios la victoria. Pues por cierto (á lo que yo alcanzo y experimento) cosa es muy desabrida la enfermedad, mayormente si trae dolor. Y cuando uno con el favor de Cristo y por Cristo viene á hacer tan buen rostro al dolor y desabrimiento de ella, como á la salud, paréceme que tiene gran victoria de su sensualidad y será su corona grande.

A esto nos debemos esforzar, como Séneca decia; porque si el dolor es poco, no es mucho que se sufra; y si es mucho, no es poca, mas mucha, la gloria que de sufrirlo se sigue. Y por esto no hay excusa para no sufrir, cuanto mas si miramos á la alta amenaza de Dios, que, como dice San Pablo (*ad Rom.*, 8), predestinó á sus escogidos á ser semejables á la imágen de su Hijo. Pues si hemos de ser semejables en la gloria, tambien en los dolores; porque no es razon heredar con Cristo los gozos del cielo, y no querer parte con él en los dolores del suelo. Oigamos lo que dijo á sus discípulos y á nosotros con ellos (*Luc.*, 22): Vosotros sois los que permanecistes conmigo en mis tentaciones, y yo os dispongo el reino, como mi Padre lo dispuso á mí, para que comais y bebais sobre mi mesa en mi reino. De estas palabras parece claro que los que quisieren sentarse á la mesa á gozos eternos con Cristo, primero les conviene sentarse con él á sus trabajos que tuvo en el suelo; porque á estos dispone el reino, como su Padre á él. ¡Oh si tuviésemos ojos para ver cuán gran soberbia es no contentarnos con pasar por la ley que Jesucristo pasó, y no aceptar el reino con la condicion que su Padre se lo dió á él! Notorio es que el eterno Padre únicamente ama á su unigénito Hijo; mas por eso no dejó de disponerle el reino con tantos dolores y deshonras como pasó. Pues ¿por qué yo pensaré que el Señor no me ama, aunque me envie trabajos? Por qué no me gloriaré que me trata como á su Hijo? Por qué no le daré gracias, pues que me viste de la librea de su amado Hijo? Por qué no terné esperanza que me hará participante en su gloria, pues me veo serlo en sus trabajos?

¡Oh bendito seas, Dios y Señor y Padre nuestro, que quisiste que tu amado Hijo fuese el primogénito de todos sus hermanos, dándole mas gloria que á otro alguno, y quisiste que fuese tambien el principal, y que no tuviese igual ni segundo en el padecer dolores y otros trabajos! Hicístelo metro y mensura de nuestra perfeccion y gloria, para que uno, miéntras mas llegado á su vida en este mundo, mas perfecto sea; y miéntras mas llegado á él en el otro, mas gloria tenga. Pues si bien miramos, ¿qué tuvo Cristo en esta vida sino trabajos? Miéntras mas fuéremos trabajados, mas conformes, mas cercanos á Cristo; y por eso mas ciertos de serlo en el cielo, adonde limpiará Dios las lágrimas de nuestros ojos, adonde nos recibirá como Padre amador de sus hijos, adonde nos coronará la pelea de acá, adonde parecerá mejor el cristiano que va herido y ensangrentado de la guerra de este mundo, que el otro que saliere sin herida.

CARTA X.

A un devoto: trata de la humildad y soberbia y perfeccion del divino amor.

Dios dé á Vm. buenas cuaresmas, y que así tome la ceniza de fuera al principio de este santo tiempo, que permanezca siempre en el ánima la santa humildad significada por ella; porque á quien Dios le da conocimiento y dolor de quién ha sido el tiempo que anduvo apartado de Dios, librádole ha de la peligrosa ceguedad de la soberbia, y hácele capaz de todos los bienes espirituales que le conviene tener; porque, como la Escritura dice (*Eccl.*, 10), el principio de todos los males es la soberbia, y quien la tuviere será lleno de maldiciones, quiere decir, de vicios; porque, así como no suele andar un rey solo, así acompañan á la soberbia muchos pecados; y por el contrario, nunca la humildad está sola; pues, como Santiago dice (*Cap.* 4), á los humildes da Dios su gracia, la cual es madre de las virtudes. El soberbio busca su honra, y aflígese con la deshonra; el humilde avergüénzase de que le traten bien, y huélgase con su desprecio, porque entiende que en aquello se hace justicia, la cual él ama, como verdadero justo que es. Todo le falta al soberbio; porque por mucho que tenga y le dén, se tiene por digno de mas; y todo sobra al humilde, porque aun de la tierra que huella, se conoce por indigno, y los mismos infiernos tiene por pequeño castigo para sus pecados. El soberbio con nadie cabe, ni aun consigo solo; mas el humilde, con todos; porque á todos se abaja y á todos sufre, teniéndolos por mayores en su corazon. Parece al soberbio cosa muy recia ir tras la voluntad ajena, ó del hombre ú de Dios; mas el humilde sujétase y apócase, y así cabe por la puerta angosta de hacer la voluntad ajena, ú de la criatura ú del Criador.

Grandes son los bienes que vienen en la ceniza de humildad; y no conviene á nadie estar sin ella, si no quiere estar sin Dios; porque, como dijo S. Agustin: ¡Cuán alto eres, Señor, y los humildes de corazon son casa tuya! Y la divina Escritura dice: ¿A quién miraré, ó sobre quién descansará mi espíritu, sino sobre el pobrecillo que tiembla de mis palabras? Esta humildad, que hace al hombre sentir de sí bajamente, no es cosa baja ni fruta que nace en la tierra; en el cielo está, y Dios la da á cuantos escarban en su estiércol, revolviendo con mucha diligencia sus propias faltas y su propia flaqueza; porque entre aquellas poquedades y vilezas se suele hallar esta joya preciosa, y por nuestros pecados hay tanta materia de nuestras faltas que examinar y llorar, que si no es quien quiere quitar los ojos de sí mismo, otro no hay á quien no sobren causas para humillarse y avergonzarse. Y ¡ay de nosotros si somos de aquellos de los cuáles dice Dios (*Jerem.*, 3): Frente de ramera se te ha hecho, no quisiste haber vergüenza! Y en otra parte se queja de otros diciendo (*Jerem.*, 6): Con la confusion no se confundieron. Porque ¿qué cosa puede haber mas fea que la desvergüenza en la persona que tiene razon para avergonzarse? ¿Y quién hay que ose alzar los ojos á Dios ni á sus criaturas, si considera cómo ofende á él y se hace indigno de ellas?

¿Quién hay de nosotros que no falte al perfecto amor de Dios, pues ni le amamos con todo el entendimiento, creyendo su verdad con tanta firmeza como convenía, y teniendo aquellas consideraciones y pensamientos y avisos de como mejor le servir? Quién le ama con todo su corazon, no dando parte del amor á sí ni á otro sino en Dios ó por Dios, y renunciando el propio interese, ha pasado á amar á Dios por el mismo Dios? Y quien mirare cuán poco mortificadas tenemos nuestras pasiones, y cuánta guerra hace al reino del amor de Dios, verá cómo nos ama Dios con toda su ánima; y mandando el Señor que le amemos con todas las fuerzas, hacémoslo nosotros con tanta tibieza cuánta él nos perdone; porque las fuerzas que empleamos en cumplir con nuestro amor, y lo mucho que de nuestra codicia está vivo, nos hace faltar á Dios en la diligencia de le servir y en el fervor de su amor. San Agustin dice: El crecimiento de la caridad es diminucion de la codicia; y entónces será perfecta la caridad cuando no haya codicia ninguna. Y llama codicia al propio desordenado amor que cada uno tiene á sí mismo. Y como no hay nadie de los que de Adan vienen, sacando á Jesucristo nuestro Señor y á su sacratísima Madre, que no haya tenido algun exceso de este propio amor, no hay quien no haya faltado en algo á la perfeccion del divino amor; porque cuando mi amor está muerto al de Dios, entónces está el hombre en pecado mortal; y cuando vive, reina en mí el amor de Dios, con el cual tengo propósito de no le ofender mortalmente: entónces estoy en gracia, aunque falte algo al perfecto amor de Dios, porque quiero cumplir algo con mi amor ú de las criaturas. Y de esta falta de amor nos viene la falta en las otras obras; porque él es como vida de ellas.

De aquí viene faltar en el amor del prójimo, no habiendo compasion de sus males ni gozándonos con sus bienes, como de cosa muy conjunta á Dios y adoptados en el sacramento del bautismo por hijos de él. E tambien les faltamos en las obras, porque faltamos en el amor de aquel que dijo: Lo que á uno de estos chiquitos míos hicistes, á mí me lo hicistes. Y de falta de estos dos amores, que son las raices de las buenas obras, nacen otras muchas faltas en lo que obramos, aunque no todas veces sean tales, que sean pecados; ántes muchas, haciéndose en gracia, son meritorias de la vida eterna. Mas de estas tales, si en verdad y humildad vivimos, hemos de dar la gloria á Dios, y agradecerle que nos ayudó á querer el bien con nuestro libre albedrío, y á que fuese meritorio por la gracia que por su misericordia nos dió. E no por esto dejar de escudriñar las faltas que en otras obras hacemos; porque mas segura cosa es pensar á menudo en lo que nos falta, que en lo que tenemos de la virtud. Y tened por cierto que por mucho que penseis y escudriñeis, aun se os quedará mucho escondido, por lo cual os convenga decir con gemido al Señor (*Salm.* 18): Alímpiame de mis cosas ocultas. De aquí viene no amar al prójimo como Dios quiere, ó no tanto como él quiere; de aquí no sufrirle ni huir de le dar enojos; de aquí, finalmente, todas las otras faltas que amancillan nuestra ánima, como podre que siempre mana de una llaga. Mayores son nuestras faltas, que pensamiento humano puede alcanzar; y solo aquel que crió nuestro corazon, y lo ve claro, puede comprehender nuestra flaqueza cuán grande sea; y muchas veces parece sucio delante su juicio, lo que al nuestro parece ser muy perfecto.

Por tanto, debemos, como Job decia (*Cap.* 9), temer todas nuestras obras, aunque parezcan buenas, no pareciéndonos bien ellas, ni contentándonos en lo secreto de nuestro corazon. Porque aquel solo agrada á Dios, que á sí mismo desagrada. Aquel es delante de Dios justo, que conoce venirle la gracia y la justicia de la misericordia de Dios. No hay á Dios mas contraria cosa que el corazon que bien se parece, porque no tiene vaso en que Dios eche las riquezas de su misericordia, y quédase en su propia pobreza, y se quedará, por no querer abajarse, para que corran á él las aguas de la gracia con que viviese contento en Dios, y llevase fruto como el huerto adonde abundan las aguas. Todo nuestro bien, de Dios viene; y quien creyere que puede de sí mismo poder menear la lengua para decir á Jesus, Señor, él mismo se hace Dios, pues se atribuye lo que es de solo Dios. Y quiere Dios dársenos con condicion que conozcamos esta verdad, que en él y de él, y no de nosotros, viene nuestro bien; y miéntras mas bien tenemos, mas deudores somos y mas tenemos de que nos acusar, pues no respondemos á mayores mercedes con mayores servicios, y á mayores gracias con mayores agradecimientos.

El que es enseñado por la verdad divinal, ninguna cosa atribuye á sí mismo sino el no ser y el pecar; porque quitado todo lo que Dios le dió cuando lo crió, y cada dia le conserva, no hallará ser sino nada, y en nada se tornaria, como de nada fué hecho. E quitado el favor de Dios, que por Jesucristo nos es comunicado, ¿qué sería del más santo sino ser lo que fué Pedro cuando lo negó, ó Pablo cuando andaba persiguiendo al que lo habia redimido, y lo que cada uno prueba en sí que era ántes que el Señor pusiese su mano sobre él, quitándole aquel corazon viejo y dándole un nuevo? La justificacion no es sino una resurreccion del ánima, que estaba muerta en pecados, y agora vive por el espíritu de la vida que Dios le infundió por la muerte de su Hijo bendito; y así como sería muy loco un cuerpo que atribuyese á sí el vivir y el moverse, y no al ánima que en él está y le da vida, así es muy ciega el ánima que la vida de las buenas obras que siente tener, piensa que es de sí misma, y no del espíritu de la vida que Dios le infundió; y algunas veces castiga Dios á estas almas, quitándoles lo que les habia dado, porque viéndose no poder ver, ni oir, ni gustar, ni obrar lo que ántes podian, sientan que otro era el que en ellas obraba la vida, y ellas lo recibian, y que otra cosa no son sin la gracia de Jesucristo, sino lo que es el cuerpo cuando el ánima se va de él.

Por tanto, hermano, no veais otra cosa en vos sino faltas; que no teneis otra cosa de vuestra cosecha. Si el Señor os desconsuela, mirad cuán flaco y flojo os parais, cuán con poca conformidad recibis lo que tan bien mereceis. Si os consuela, mirad con cuán poca humildad lo recibis, siendo razon de tanto mas abajaros, cuanto mas Dios os honra, y tanto mas avergonzaros de quien vos sois, cuanto Dios mas bien os trata, como si fuérades bueno. Pensad cuán poco sabeis aprovecharos de las inspiraciones y hablas del Señor, y cuántas veces os dice el Señor una cosa, y cuán presto la olvidais sin la poner en efecto, siendo razon que cada palabra de él os durase para toda la vida, sin ser menester decíroslo otra vez. Pensad cuántas veces pone Dios en vos buen licor, y vos,